



Hallazgos

ISSN: 1794-3841

revistahallazgos@usantotomas.edu.co

Universidad Santo Tomás

Colombia

Parra Rozo, Omar

INVESTIGAR: LEER Y ESCRIBIR

Hallazgos, núm. 7, junio, 2007, pp. 15-32

Universidad Santo Tomás

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=413835167002>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

INVESTIGAR: LEER Y ESCRIBIR

To investigate: reading and writing

Omar Parra Rozo*

Recibido: 5 de marzo de 2007 • Revisado: 30 de marzo de 2007 • Aceptado: 10 de abril de 2007

Resumen

La íntima relación que se establece entre la investigación, la lectura y la escritura determina las posibilidades de acercarse al mundo, de tratar de entenderlo, interpretarlo y proponer su transformación. El investigador busca afanosamente una explicación para los sucesos que lo rodean. El lector se detiene a palpar las figuras, a entender los artilugios del lenguaje y el escritor recrea el mundo. Estas interacciones se fundamentan en cuestionamientos elementales que parten del sencillo hecho de la observación y confluyen en la complejidad del juicio sobre determinadas situaciones. Se lee para tratar de entender, interpretar y transformar el contexto y se plasman las ideas sobre un pasado y un presente con el sueño de un cambio, de un mejoramiento individual y colectivo. Las preguntas dan apertura a nuevos interrogantes que se enmarcan en la posibilidad de leer, escribir e investigar para ser ordenados o definitivamente para sobrevivir, probablemente para ser felices, lo cual constituye el último horizonte del ser humano y su razón de vida.

Palabras claves

Investigar, leer, escribir, publicar, lenguaje preciso, lenguaje estético, cotidianidad.

Abstract

The intimate relationship that is established among the investigation, the reading and the writing, determines the possibilities to come closer to the world, of trying to understand, to interpret and to propose its transformation. The investigator looks laboriously for an explanation of the events that surround him. The reader stops to feel the figures, to understand the devices of the language, and the writer recreates the world. These interactions are based in elementary questions that begin from the simple fact of the observation and ends up in the complexity of the trial

* Doctor en literatura, Magíster en Administración Educativa y Especialista en Educación a Distancia. Líder de los grupos de investigación *Relaciones, redes y narrativas*, y *Gestión, investigación y narrativa*, reconocidos por Colciencias en categorías A y B, respectivamente. Correo electrónico: omarparra@correo.usta.edu.co.

on certain situations. You read in order to try to understand, to interpret and to transform the context and the ideas are captured on a past and a present with the dream of a change, of an individual and collective improvement. The questions give opening to new queries that are framed in the possibility of reading, to write and to investigate in order to be ordered or definitively to survive, probably to be happy, which constitutes the human being last horizon and their reason of life.

Key words

To investigate, to read, to write, to publish, precise language, aesthetic language, daily.

La cuestión, ya lo advirtió Aristóteles, se centra en distinguir entre el antes y el después. Los sucesos que ya han ocurrido ahí están, escritos en el gran libro del universo. Es un libro en el que ninguna corrección es posible. Ni una coma. El lector de la historia, raro y minúsculo habitante de la última página, comprueba efectivamente que las cosas ocurren para tejer así un pretérito que existe y que es único... Pero todo empieza cuando nuestro héroe vuelve el rostro hacia el después, hacia las páginas (se diría que) en blanco. En este momento su alma se agita. Existe un solo pasado, pero ¿cuántos futuros?

Jorge Wagensberg

Introducción

Este producto se inscribe dentro del trabajo investigativo que vienen adelantando dos grupos de investigación¹, los cuales tratan, desde sus respectivos proyectos, de integrar la investigación, la gestión y la narrativa como elementos primordiales dentro de la producción del conocimiento. En uno de los artículos anteriores: *La gestión de la investigación es cosa de niños*, se plantean las posibilidades de la indagación a partir de la búsqueda y la construcción de la verdad, haciendo un paralelo entre el proceso investigativo científico y la

creatividad infantil. En el siguiente producto: *La investigación es un cuento de hadas*, la búsqueda se profundizó con la revisión de autores de la literatura infantil, lo mismo que representantes de otras disciplinas como la física y las matemáticas. Tópicos como el método, los obstáculos epistemológicos, el trabajo de gestión, la creatividad, la pregunta y el problema, entre otros, son trabajados desde un lenguaje que pretende hacer de la investigación un camino placentero que, sin desviarse de la seriedad y la científicidad, sea asequible a quien guste de la misma y a quien disfrute sumergiéndose en el ámbito cuantitativo tanto como en el cualitativo. En

¹ Tanto el grupo de investigación "Relaciones, redes y narrativas" como el grupo "Gestión, investigación y narrativa" tiene sendos proyectos investigativos que intentan ver los aportes que brindan al proceso de investigación las diversas disciplinas y tópicos del conocimiento, apuntando a una combinación entre lo científico, lo artístico y lo "humano". La desmitificación de un proceso no implica que se demerite el mismo o se desgaste, por el contrario, se busca el enriquecimiento desde otros puntos de vista y la búsqueda de la esencia investigativa propiamente dicha, tanto en el diario transcurrir como en el más complejo proceso investigativo y tanto en los intrincados vericuetos científicos como en los ingenuos y creativos juegos infantiles.

la tercera fase del proyecto presentamos como producto terminal: *Investigar es un juego*, artículo en el cual se trabajan los tópicos del azar, la duda, la incertidumbre, la observación, el análisis, las probabilidades, el marco de referencia, los obstáculos, el jugador que investiga, los juguetes y el juego de la investigación.

En otro planteamiento, cuarta fase, se hace referencia a la relación que se establece entre el juego, la tecnología, la pedagogía y la investigación, considerando sus actores, los respectivos procedimientos y los elementos intervinientes que hacen de este proceso creativo y complejo una posibilidad de sobrevivencia y de permanencia en un mundo globalizado y totalizante. En la quinta fase se trabajó la interacción entre el placer y la gestión investigativa, buscando la esencia del trabajo colectivo, de las razones por las cuáles se investiga, del interés que la investigación despierta y del resultado esperado². Desde esta perspectiva, se visualiza que importa tanto el planteamiento como el horizonte del logro, del placer, de la felicidad, desde los diversos ángulos que brinda la realidad. Esta sexta fase investigativa trabaja la experiencia misma de la investigación con sus elementos primordiales: la lectura y la escritura.

Las preguntas sobre la investigación, la lectura y la escritura

Debo manifestar que el autor del presente artículo dudó mucho si ponerle dos puntos, una coma, un guión o dejar de otra forma el título del mismo; si variarlo, transponer los verbos, darle primacía a alguno de ellos, eli-

minar algún vocablo, dejar simplemente el término leer... y al fin se decidió por mantenerlo tal y como está. Luego vino el segundo problema: buscar un epígrafe que, de una y mil maneras, interpretara el proceso investigativo, incitara a la lectura, buscara la motivación y, probablemente, suscitara algunas líneas entre aquellos que se acercaran a las ideas tratadas. La búsqueda desembocó en varios textos trabajados sobre estas ideas y en autores referenciales, en científicos muy reconocidos y en literatos muy leídos y admirados, todos ellos persecutores de la verdad y la felicidad que, irrevocablemente, como lo pregona Santo Tomás, constituyen el fin último del hombre. Ganó, si se puede decir de esta manera, el físico español Jorge Wagensberg, quien ha trajinado por los caminos de la biofísica, lector empedernido y, por supuesto, autor de una vasta obra científica y de difusión de la misma, entre la que cabe destacar *Nosotros y la ciencia* (1980), *Proceso al azar* (1986), *Si la naturaleza es la respuesta ¿Cuál era la pregunta?* (2003). Precisamente, su libro *Proceso al azar* resume un encuentro de científicos, filósofos y artistas citados para discutir sobre el papel del azar en la ciencia. Wagensberg, en su hermosa y contundente introducción al tema: "Las reglas del juego"³, reitera su constante preocupación por la lectura, la escritura y la búsqueda de una explicación de la realidad. Manifiesta que existe un pasado agradable, plácido, susceptible de ser leído y otro donde se pierden algunos detalles; los dos pasados importan tanto como la lectura que se pueda hacer de los mismos a través de la inteligencia. Si de verdad existe un pasado –de hecho hay pruebas de su

² Los productos de las cuatro primeras fases se pueden consultar en los siguientes números de la Revista de investigaciones *Hallazgos*, de la Universidad Santo Tomás: No. 2, *La gestión es cosa de niños* (2004); No. 4, *Gestión, investigación y narrativa: la investigación es un cuento de hadas* (2005); No. 5, *Gestión, investigación y narrativa: Investigar es un juego* (2006); y No. 6, *Investigación, docencia y tecnología* (2006). El producto investigativo de la quinta fase se puede consultar en el artículo *La investigación es un placer* (2007), publicado por la Revista *Aquichán* de la Facultad de Enfermería de la Universidad de La Sabana (Año 7, Vol. 7, No. 111-112).

³ En esta obra se recogen, de una manera magistral, las investigaciones y el pensamiento de 6 científicos: Peter Theodorus Landsberg (Alemania), en el ámbito de la electrónica y la biología; Günther Ludwig (Polonia), con investigaciones en física y mecánica cuántica; René Thom (Francia), matemático, creador de la Teoría de las catástrofes; Evry Schatzman (Francia), con investigaciones en Astrofísica; Ramón Margalef (España), dedicado a la biología marina y a la biología teórica; e Ilya Prigogine (Rusia), Premio Nobel de Química por sus contribuciones a la termodinámica del no equilibrio y, en especial, por la descripción de las estructuras disipativas. Todos ellos reunidos con el propósito de brindar sus aportes, desde las diversas disciplinas de su manejo, a la esencia de la investigación, con una pregunta referente formulada por su anfitrión ¿Es el azar un producto de la ignorancia o un derecho intrínseco de la naturaleza?, cuya primera respuesta la empieza a formular y a dejar en el aire un encantador de las formas y otro de los anfitriones del encuentro, Salvador Dalí, al referirse a las infinitas posibilidades de la relación y la asociación de ideas y procesos: "El fenómeno estético está estrechamente ligado a la Historia de la Ciencia, aunque sólo sea por el mero hecho de que en ambas se da la elección experimental" (Wagensberg, 1996).

existencia—, entonces, la primera pregunta que surge es la que se encuentra manifiesta en el epígrafe del presente artículo: “Existe un solo pasado, pero ¿cuántos futuros?” (Wagensberg, 1996), interrogante que inmediatamente sugiere, por lo menos, dos preguntas:

Primera pregunta: De lo escrito y de lo que puedo leer ¿es posible conseguir alguna garantía para hacer apuestas sobre lo que está por escribir?

Segunda pregunta: ¿Acaso no puedo incluso influir, por modestamente que sea, en la redacción de lo todavía no escrito? (p. 11).

Parecería que las dos preguntas son muy sencillas, pero, según el físico español, la primera es, ni más ni menos, el punto de partida del conocimiento científico y la segunda abre la puerta a “la posibilidad de elegir nuestro devenir”. El cuestionamiento inicial implica un lenguaje preciso, exacto, sin múltiples interpretaciones y, además, un lenguaje que se rige por principios que nos llevan a leyes y a un análisis de lo estudiado desde un punto de vista objetivo, con un método que apunta a la realidad, la inteligibilidad y la dialéctica y que, según lo reitera Wagensberg, hace posible la ciencia. Un indagador, si es objetivo, observa el fenómeno sin alterar la observación: “hipótesis realista” desembocando en un primer principio que prefija el método científico. Un segundo principio lleva a un “determinismo”, el cual, a su vez, fija que si “los sucesos ocurren” se debe a un concepto de ley de la naturaleza. Finalmente, una ley que se inscriba en el plano de la ciencia debe someterse a un tercer principio: “el de la dialéctica entre su enunciado y la experiencia”.

Ello requiere la invención de un método de contraste, llámese verificar, corroborar o falsar, y de ciertos mecanismos con el mundo real, llámese percibir, experimentar o simular. La esencia de la ciencia es, pues, la investigación con un método que empuñe estos tres principios: de la realidad, de la inteligibilidad y de la dialéctica (Wagsenber, 1996, p.12).

Con la segunda pregunta se vuelve la mirada hacia las múltiples posibilidades de la interpretación, que van desde la ideología que puede marcar la ciencia o una disciplina hasta las creencias, intereses y emociones de quien investiga. El cuestionamiento empieza a enredar las posibles respuestas del primer interrogante, del lenguaje científico, el cual, a su vez, hace tambalear los postulados emotivos y estéticos. Lo único que queda flotando en el aire es que existe un pasado, se han dado unos sucesos y yo me puedo acercar a los mismos, leerlos, buscar la verdad y escribir sobre ella. No sé cuántos futuros se abren, lo único que sé es que el camino está al frente y debo transitar por él, con mirada de artista, de científico o de simple caminante. Yo tengo la elección, afortunadamente, y tengo las herramientas para leer, investigar y escribir en un eterno juego dialéctico.

En este punto el comentario al epígrafe se ha vuelto un tema complejo que nos ha lanzado, incluso, a las posibilidades de entrever la realidad, desde el método científico, de la misma forma como puedo apreciarla desde un lenguaje estético o desde uno cotidiano. Teniendo en cuenta lo anterior y viendo que la investigación, la lectura y la escritura parten de las preguntas, traté de buscar un científico o un artista que manifestara un cuestionamiento sencillo, el interrogante más simple, y me encontré con Albert Einstein, un investigador que no solamente fabricaba cuestionamientos elementales desde sus primeros pasos, sino que se perdía en ellos, hasta en sus últimos días. A través de sus preguntas y de sus respuestas se puede reconocer su talento, el fondo que lo acompañó siempre y que debe custodiar permanentemente a un artista, a un científico: el alma infantil, la perenne seguridad de albergar invariablemente un ser preguntón.

Evelyn Einstein, nieta del físico eminente, en el hermoso prólogo de la obra de Alice Calaprice *Querido profesor Einstein*, muestra la faceta bonachona del genial y distraído inventor y su desmedido amor por el espíritu infantil, no sólo por el niño corporal, juguetero y creativo, sino también por aquel infante que se esconde detrás de cada soñador, de cada proyecto de científico, de

cada germen de escritor, de un ávido lector. En determinado momento quise cambiar el epígrafe o la dedicación, como lo hiciera Saint Exupéry⁴, pero no lo cambié, opté, más bien, por reafirmarlo, como lo hizo el escritor francés, pero a través de las propias palabras de Evelyn y desde la figura del inventor alcahueta que regala el preciado material para leer la vida y trasegar por el universo:

De niña me encantaba la astronomía. Era un placer asomarse de noche por la ventana y contemplar el enorme firmamento despejado. Tomé por primera vez conciencia de las maravillas celestes cuando me encontraba en un campamento de verano en el valle central de California y cuando pasábamos temporadas en las montañas. Más tarde en el internado observaba la belleza especial de las estrellas en los Alpes Suizos. Buscaba las constelaciones y dejaba volar mi imaginación hacia fantasías de viajes siderales a los confines del universo. Mi abuelo conocía mi fascinación por la galaxia y me regaló un libro que todavía conservo, titulado The stars for Sam. Me lo dedicó con una bonita nota donde apreciaba mi curiosidad por el universo. Con el transcurso de los años nunca he perdido el interés por los confines del espacio, y he llegado a ser incluso una ferviente adepta de Star Trek (Calaprice, 2003, pp. 13-14).

El regalo de un libro puede parecer un hecho fortuito, similar a regalar un chocolate o una tarjeta, pero esta

ofrenda difiere profundamente de cualquier obsequio. Un libro, para un lector, supone la puerta de otra realidad, la posibilidad del conocimiento de mundos diversos, de personas, lugares, aventuras, sentimientos y pensamientos que con una apertura sencilla se encuentran ahí, al alcance de la mano. El abuelo científico lo sabía muy bien y le entregó a su nieta una de las llaves que la dejarían volar y realizar sus viajes siderales hasta los confines del universo.

Los investigadores, al igual que los ávidos lectores y que los escritores persistentes, buscan en los libros, en las obras diversas y en las distintas lecturas, la respuesta a los interrogantes sobre el mundo, sobre la realidad. Mientras que, en el transcurso de la vida, un niño o un adulto se detienen a mirar la difracción de un palillo al entrar en el agua y leen, sin más disquisiciones un fenómeno cotidiano, un científico como Heisenberg⁵, leyendo con otra perspectiva, afirmaría que no hay posibilidad de señalar la posición exacta de una partícula subatómica o un mago del verbo como Octavio Paz (1992) matizaría el fenómeno de la palabra, de la distorsión, recreando el mismo hecho, leyéndolo, desde una recóndita construcción poética:

Cristalizaciones de sustancias translúcidas flotando en la memoria... pirámides ópticas; rascacielos de aberraciones cromáticas; encrucijadas de perspectivas; universos hechos de una gota de agua y otra de tinta; espejos donde navega la mirada y la razón se extravía... zarándas de reflejos, ecos, formas... objetos animados y que, sin decir una sola palabra, nos

⁴ El juego de palabras del autor de la obra *El Principito*, Antoine de Saint-Exupéry, a lo largo de toda la narración, queda claro desde la introducción misma. En la dedicatoria se detiene en la primera frase: "A León Werth", pidiendo disculpas a los niños por dedicar el libro a una persona mayor, la cual es su mejor amigo. A continuación, remata bellamente, corrigiendo la dedicatoria: "A León Werth, cuando era niño". Aquí se encuentra condensado todo el acercamiento que puede hacer el hombre al universo, con un espíritu infantil.

⁵ Werner Heisenberg, físico alemán, leyó, en el término exacto, la mecánica clásica de Newton y se aventuró a desarrollar técnicas matemáticas que lo condujeron a calcular las intensidades y otras características de las radiaciones emitidas en el átomo. Su versión interpretada en lenguaje matemático se denominó "mecánica de las matrices". No le interesaba precisar la posición y la velocidad de un electrón en órbita alrededor del núcleo atómico, pues esta magnitud, a su modo de ver, no era directamente mensurable. Con el llamado principio de incertidumbre hizo un gran aporte a la física y a la ciencia en general, dado que el mismo ha tenido aplicación en disciplinas distintas a la física, como la filosofía (Ben-Dov Yoav, 1999, pp. 230-238).

hablan en dialectos desconocidos por nosotros que nosotros, sin entenderlos, al punto comprendemos (p. 126)⁶.

Los lectores apasionados que buscamos, en nuestro alrededor, una explicación de la realidad, solemos introducirnos en los libros, no solamente para interrogar o encontrar respuestas sino para disfrutar en la construcción de las preguntas y, por supuesto, para tratar de fabricar soluciones, en una eterna dialéctica entre la lectura, la investigación y la escritura. Dado que desde el mismo epígrafe empezamos cuestionándonos, llegados a este punto es interesante problematizarnos un poco más. Existe un libro fascinante *Las mil noches y una noche*⁷ que creo, desde mi sentir estético, que es una obra inacabada, al igual que cualquier texto artístico que cada vez que se lee, se recrea, se renueva. Es un libro que no finaliza sino que persiste en el tiempo. Una madrugada de éstas, enfrascado en la lectura, recordé un problema sencillo que hoy, me permite traerle a los lectores: Los dos tomos que poseo, sobre estas maravillosas narraciones orientales, tienen 990 y 978 páginas, cada uno de ellos. Si cada madrugada leo ocho páginas en total, pero a partir de la segunda madrugada, vuelvo a leer una página de la madrugada anterior, para no perder el hilo de la narración ¿Cuántas madrugadas tardaré en leer toda la obra?

Podemos tomarnos, en la respuesta, el tiempo que creamos pertinente. En problemas de estas características, se espera una solución en un tiempo aproximado de cuarenta segundos. Vamos al proceso que realicé y que me condujo a la respuesta. Se suman las dos cantidades de páginas, operación que nos da como resultado 1968 páginas. A este producto le resto ocho páginas y me da el total de páginas: 1960, cantidad que debo dividir por siete para que me dé el número de noches, sin sumar la primera noche, en la cual leí ocho páginas. Al dividir 1960 por siete me darán 280 noches, más la noche de las ocho páginas. Es probable que haya otras soluciones matemáticas, yo apelé a la del sentido común y a las operaciones básicas. Al plantearme el anterior problema, me pasé de una lectura estética a una lectura matemática y a una lectura de lógica cotidiana, también escribí desde lo riguroso y, al unísono, me interrogué desde un lenguaje corriente, realizando un mínimo ejercicio investigativo.

Incidencia de la ciencia, el arte y el lenguaje común

Como se puede observar, no es sólo desde la literatura, la pintura, el arte y la cotidianidad, en general, que se busca la verdad, que se indaga, que se cuestiona, naturalmente que la ciencia quiere responder, transformar, mostrar la realidad. Los ejemplos de lectura del univer-

⁶ Octavio Paz recoge diversos comentarios, ensayos, traducciones y trabajos en su libro *Al paso*. Al referirse a Marie José Paz, una artista de las formas, el poeta mexicano no deja de asombrarse ante las asociaciones, las combinaciones y las distorsiones que explican la realidad y la hacen ver de un modo distinto. Su ensayo *La espuma de las horas: Marie José Paz*, constituye una hermosa manera de ver "la transformación de las sensaciones en visiones y la visión en un objeto vivo".

⁷ Parra (2007 a) señala que un comentario aparte merece ese libro tan difundido llamado *Las mil noches y una noche*. El mismo título da referencia a lo enigmático y a lo preciso: la oscuridad y los números. Es muy probable que con este nombre se hayan recopilado cuentos de Egipto, Persia y Bagdad. Sherezada es el símbolo del lenguaje oral que se transmite cada noche, de la narración que nace al conjuro de la palabra y que muere con el silencio o con el acto de cerrar un libro. El relato puede sintetizarse así:

El rey Shahriyar es traicionado por su esposa y decide ajusticiarla y después casarse cada noche con una muchacha del reino y hacerla morir en la mañana. Esta venganza dura tres años hasta que la hija de uno de sus ministros, Sherezada, decide casarse con el rey. Esta bella joven ha leído muchos libros y tiene un plan para salvarse y salvar al reino. Durante la noche de bodas, su hermana menor entra y le pide que le narre un cuento antes de morir; Sherezada empieza la historia y al amanecer la interrumpe. El rey intrigado le concede otro día para acabarla. A la siguiente noche la historia acaba y comienza otra con la misma intensidad. Al pasar mil noches y una noche, Sherezada obtiene el perdón al mostrarle los hijos que han tenido y al haber encantado a su rey.

Los relatos que aparecen en esta obra son hijos del misterio y de la oscuridad, de lo velado y lo sagrado, de los números y de lo infinito. Alá, semejante al Dios terrible del Antiguo Testamento, cuida su reino y su ejército, sin embargo, la esperanza, la piedad o la caridad, no alcanzan a salvar al hombre: lo que ha de ocurrir, ocurrirá. La fatalidad acompaña las andanzas de Harún al-Rashid, los viajes de Grano de Belleza y de Simbad. La magia llega con una lámpara que cumple los deseos. Con un diamante que aparece en el vientre de un pez, con un tesoro escondido y un genio maléfico que se inclina ante un niño. El goce de los sentidos se degusta con la belleza y con la palabra.

so y del entorno se multiplican permanentemente. Retornemos a la interacción entre la ciencia y los fenómenos diarios que le acontecen al ser humano: el profesor Francisco Rubia (2003), neurocientífico, dedicado por entero a encontrar respuestas a las infinitas combinaciones cerebrales, al observar las creencias, las posibilidades internas humanas frente a una avasallante realidad externa, se pregunta ¿cuál es la base neurológica de la experiencia mística? Sus experimentos, sus lecturas y sus escritos y, en general, sus esfuerzos científicos tratan de dar respuesta a un fenómeno que cruza las diferentes culturas, religiones y se incrusta en el diario acontecer, en el transcurso del tiempo y en los distintos lugares de la Tierra.

El área de asociación parietal posterior recibe aferencias visuales, auditivas y del hipocampo y las integra con aferencias sensoriales del cuerpo, integración que permite la percepción tridimensional y la manipulación de los objetos. Aquí se encuentran representados el espacio extra-personal y los mecanismos de atención a ese espacio. En el hemisferio izquierdo las células sólo se activan cuando el sujeto intenta alcanzar objetos que están al alcance de la mano, mientras que las células de esa región en el hemisferio derecho responden en relación a una localización más generalizada. De aquí se ha deducido que la diferenciación entre el yo y el otro puede ser una función de la región posterior del lóbulo parietal que procedería de una distinción más primitiva entre objetos al alcance y fuera del alcance de la mano (p. 182)

La lectura del universo y la indagación por el mismo suscitan diversas posiciones, brindan percepciones diferentes en cada disciplina y persona y distintas respuestas. Observemos un último ejemplo, en este tratamiento del tema. El médico genetista, Emilio Yunis Turbay, uno de los investigadores colombianos que transita por el sendero de lo temático social tanto como por el camino exacto, va

mostrando la complejidad carnavalesca⁸ que nos brinda la vida a través de la ciencia, del arte, la literatura y la vida cotidiana. Nos devuelve de inmediato a la música y al son de Celia Cruz⁹, pero también nos lanza al mundo desenfrenado de lo que está por develarse. Una suma de múltiples factores que se agolpan y brindan posibilidades diversas de descubrimiento, de trabajo, de experimentación. Al cuestionarse sobre lo particular de la muerte en los seres humanos, Yunis (2006) trae a colación un tránsito histórico del deambular de la ciencia, en determinado momento: Ilya Illich Mechnikov¹⁰, bacteriólogo, premio Nobel de Fisiología y Medicina (1908), por su descubrimiento sobre la fagocitosis, abandonó las clases por dedicarse de lleno a la innovación, a la ciencia y, se encontró con que los más intrincados vericuetos de la investigación tienen relación con comportamientos sencillos, con la vida que transcurre:

...estaba tan convencido de las toxinas producidas por la flora intestinal como aceleradores del envejecimiento que proponía como remedio la ingestión de leche fermentada, leche agria o yogur porque los bacilos ácido lácticos utilizados para producirlos son benéficos y reemplazarían a los microorganismos dañinos, lo que

⁸ En su obra *El Carnaval*, Claude Gaignebet, folclorista francesa, recuerda que el carnaval es como el ciclo litúrgico central de una religión: “Una religión sin escrituras transmitida en el seno de civilizaciones del libro que no la han comprendido, por la tradición oral y las fiestas... La religión del Carnaval, lejos de ser el reflejo directo o inverso de cualquier otra, tiene su fuente en los mismos orígenes de la relación del hombre con el mundo” (p. 6). En esta obra se plantea un nuevo acercamiento a esa teoría catártica de la fiesta, a esa confluencia de risas, silencios, parrandas, sacralización y desacralización, elevación y profanación del hombre y del mundo. En este sentido, las tendencias actuales tratan de retomar el carnaval y lo carnavalesco como un elemento que explica o mejor, interpreta una concepción del mundo (Parra, 2007, p.92).

⁹ La vida es un carnaval, no sólo nos lo recuerdan los científicos y la vida diaria sino que también nos lo perpetúan nuestros cantantes tropicales. Celia Cruz entregó esta interpretación quizás para la eternidad de la música: La vida es un carnaval (1998): / *Todo aquel que piense/ que esto nunca va a cambiar/ tiene que saber que esto no es así/ que al mal tiempo, buena cara/ Ay, no hay que llorar, ay/ que la vida es un carnaval.*

¹⁰ Ilya Illich Mechnikov, investigador ruso, llamó, en el tránsito de sus indagaciones, fagocitos a unos corpúsculos o glóbulos blancos que tenían un efecto sobre los elementos dañinos que irrumpían en la sangre. Sus estudios sentaron la base de la inmunología.

sustentaba con la afirmación de la longevidad en los pueblos que consumían buena cantidad de leche agria (p. 145)

La lectura de la ciencia nos dio paso a la lectura literaria y ésta a la matemática y al sentido común para volver a la neurociencia y a la genética. Recordemos, con Wagensberg, que “distintos estímulos científicos favorecen actitudes distintas frente a la concepción del mundo, y una misma concepción del mundo puede producir muy diferentes inquietudes existenciales en el alma humana” (Wagensberg, 1996, p16). Los ejemplos que corroboran esta afirmación se pueden multiplicar hasta el infinito. El camino de la investigación, de la lectura y de la escritura, supone incalculables operaciones mentales de asociación¹¹ y de relación que nos ayudan a entender la realidad o, por lo menos a acercarnos a ella. Cuando nos enfrentamos al contexto, al mundo que está más allá, persisten los cuestionamientos y si éstos se centran, por ejemplo, en la temática que estamos trabajando, bien podemos preguntarnos qué investigar, cómo leer y para qué escribir.

Si nos detenemos en el primer cuestionamiento, surgen otros interrogantes relacionados con el mismo: ¿Qué proyectar? ¿Cómo hacer para que mi investigación persista?, ¿Qué innovar para que mi proyecto tenga impacto?, ¿Qué urdir para que mi producto sirva? Esta última pregunta que, en el ámbito de la lectura y la literatura, es deleznable, adquiere un peso enorme en el campo de la ciencia. Uno, como investigador, empieza a buscar términos comunes y se enfrenta a dos boxeadores que se golpean duro pero que, irónicamente, se acercan, se abrazan, se funden; por un lado, un púgil que esgrime su lenguaje exacto, preciso, aquel que aparentemente no puede tener múltiples significados ni connotaciones, el mismo que apunta a lo científico, a lo técnico y, por otro, un gladiador, débil en su propuesta, pero inmenso en su lucha, un contendiente que propo-

ne otras alternativas, que vacila y utiliza sus herramientas para ofrecer un lenguaje múltiple, de diversos significados, ambiguo, etéreo. No obstante, tanto el uno como el otro pretenden hacernos felices, que la pasemos bien, lo cual, finalmente, bosqueja el horizonte del ser humano.

Debemos suponer que la respuesta a los cuestionamientos trazados sigue enmarcándose por términos sencillos que nos devuelven, constantemente, a sospechar, imaginar, intuir, fantasear, ya sea desde el campo del artista que se conmueve ante lo mágico, lo bello, lo extraño, lo simple y lo complejo o, desde el ámbito científico que, más allá de la inteligencia, el sentimiento o la emoción, exige la comprobación, lo tangible, lo preciso, lo comprobable; o, como un hombre raso que, simplemente apunta a su diario trajinar. Enmarcación artística, científica y cotidiana que lleva al ser humano, en una suma de fractales, en una división interminable del entorno, en una multiplicación de interpretaciones, en una elemental operación, a tratar de buscar la verdad, de conocer, comprender, analizar, sintetizar, dar juicios de valor y, ante todo de soñar. Tanto el hombre de la calle, como el científico y el artista, se introducen en el arroyo de la realidad buscando las constantes que lo agobian, escribiendo, leyendo e investigando sobre ellos mismos, sobre el mundo, lo trascendente, lo inmanente, la libertad, el amor, lo religioso, lo material, lo innato, lo eterno, lo inmutable, el átomo, el sueño, la vigilia, la conexión neuronal, los mecanismos que nos hacen pensar, sentir y actuar, en fin, un sinnúmero de elementos que nos devuelven, permanente y dialécticamente a los cuestionamientos qué investigar, cómo leer y para qué escribir.

En la frontera intangible entre el siglo XX y el XXI nos encontramos con un insospechado regreso al interior más profundo del ser humano; parecería que los investigadores del lenguaje científico, al igual que los artis-

¹¹ En el artículo *Pensar y soñar* (Parra, 2003) se puede apreciar que el hombre es un ser que aprende merced a sus operaciones mentales de relación, selección, asociación, reacción y grabación. De igual forma, que el cerebro es mucho más complejo que una maquinaria lógica, dado que es capaz de imaginar, soñar y crear. También se reflexiona sobre las conexiones múltiples que se establecen entre las neuronas, las cuales constituyen la herramienta con la que nos podemos comunicar con los demás seres y llegar a entender la realidad.

tas del sueño, los magos de la palabra, quisieran recuperar su pasado, introducirse en los vericuetos más profundos de su yo interior para explicar la realidad, para tratar de dar indicios o profundas señales de su obra, para dejar huella y, probablemente para ser inmortales. En algún momento de la historia se acudió a los dioses, al viaje, al mito, a la guerra, en fin, a los tópicos que cuestionaban el quehacer y el deambular del ser humano. En otros instantes se pensó que la ciencia podía responder a la cruda realidad; algunas veces, rozando la eternidad, los artistas, pintores de la vida y retratistas del diario transcurrir lo mismo que del cosmos y la eternidad, creyeron que habían encontrado la respuesta, pero la realidad, siempre evasiva los regresó al espíritu infantil, sin el cual es imposible introducirse en la naturaleza. El mismo niño que llevaban los primitivos se adueña del alma científica y del espíritu estético y conduce al hombre de ciencia, lo mismo que al artista, desde siempre, a acompañar a Alicia para correr detrás del conejo blanco y encontrarse con la dura realidad de la Reina de Corazones o a escoltar a Einstein montado en su rayo de luz en pos de la relatividad y del confin del universo. Parece que una cosa queda clara para los investigadores, los escritores y los lectores: la sonrisa del Minino de Chester, presente con su ritornelo, nos recuerda que si no sabemos para dónde vamos, cualquier camino nos puede conducir y que la naturaleza nos enseña todo aquello que queramos descubrir:

-Minino de Chester –empezó, tímidamente, pues no sabía si este nombre sería de su agrado, pero aquel ensanchó más su sonrisa.

-No parece descontento por ahora –dijose Alicia. Y prosiguió:

–¿Quieres decirme, por favor, qué camino debo tomar para salir de aquí?

Eso depende mucho de a dónde quieres ir –respondió el Gato.

-Poco me preocupa a dónde ir –dijo Alicia.

-Entonces, poco importa el camino que tomes replicó el Gato (Carroll, 1992, p. 32).

Uno como investigador suele leer todo lo que aparece ante sus ojos y que, de una u otra forma, esté relacionado con lo que investiga, con su problema, con su meta. Probablemente se sature de información y no sepa qué seleccionar, qué escoger, qué preferir y sobre todo tenga dificultades en elegir aquello que se ajuste a sus necesidades de creación, de aporte, de innovación. Adentrados en este campo, se puede apreciar que la infinita gama de lecturas, de información, es avasallante. Si alguna vez Borges (1993) soñó con que el Paraíso sería una biblioteca, se quedó corto porque la información digital ha rebasado tales ideas, tales fantasías y sueños:

*Lento en mi sombra, la penumbra hueca
Exploro con el báculo indeciso,
Yo, que me figuraba el Paraíso,
bajo la especie de una biblioteca (p. 72)*

Ya no solamente el universo se encuentra contenido en una biblioteca que alberga libros y documentos, ahora también está en una biblioteca infinita de redes informáticas, al alcance de un botón y de un clic. Si ese era el Paraíso de Borges, ya está entre nosotros, con un agravante, que ha cambiado de aspecto y de definición y se ha convertido en un ser deforme e incontrolable. El monstruo está a la vuelta de la esquina y es salvaje, indómito y carente de racionalidad. Para el maestro avezado el horizonte se complica y la doma del monstruo es cada vez más complicada y al unísono hace que con los discípulos y los investigadores se devuelva a la infancia y al eterno problema didáctico: ¿qué leer? Si el interrogante se amplía buscando cuáles son las lecturas apropiadas, ajustadas, posibles, convenientes, oportunas, proporcionadas, aptas, dentro de un largo etcétera y si de verdad hay interés por la lectura, el cuestionamiento se ensancha y se llena de mayores interrogantes: para qué, cómo y por qué, entre otros muchos, que hacen tambalear el campo científico, artístico y cotidiano, porque una persona no solamente lee libros, tam-

bién lee fórmulas y pinturas, paisajes y el diario transcurrir. En este punto el profesor ya no sabe qué hacer. El cuestionamiento se puede ir precisando ¿cómo seleccionar la información? Aquí, por ejemplo, entran las múltiples capacidades personales y del grupo que se encuentra inmerso en la indagación. Se hace muy complicado indicar y encontrar aquello que sirve, que es útil en el proceso investigativo, en el complejo mundo de la lectura y, por supuesto, en el gelatinoso universo de la escritura. El planteamiento de ninguna manera quiere anular el proceso: hay que leer, hay que investigar y hay que escribir. Naturalmente que tenemos que hacerlo con cuidado y tenemos que tropezar a cada rato y levantarnos constantemente, queremos no equivocarnos, pero es difícil no hacerlo; la clave consiste en aprender de los tropezones. Si alguien no se equivoca en el camino de la lectura, la investigación o la escritura, probablemente ha leído, investigado o escrito muy poco o casi nada.

Siguiendo con el prólogo de Evelyn Einstein, ya citado, podemos traer a colación, la apreciación que tenía la nieta por su abuelo, sintetizada en una frase que define al genial inventor y que encierra el mundo de un lector, de un investigador, de un escritor: “Le encantaban los juguetes de madera y los puzzles que se desmontaban y debíamos reconstruir” (Calaprice, 2003, p.13). Exactamente en esta oración se encuentra el meollo del asunto, en el juego y en la reconstrucción, en el papel que tienen que asumir las personas que se acercan a la lectura, a la investigación o a la escritura: querer construir, estar encantado de hacerlo, ser capaz de montar y desmontar, de llegar y devolverse, de ubicar las piezas, de colocarlas y luego de ir en pos de otro rompecabezas, de un nuevo juego.

La labor escritural, investigativa y de lectura

Incontables son las ocasiones en que nos enfrentamos a un acertijo, en las que entramos en el juego; aquellas situaciones en las que uno como investigador o como escritor se enfrenta a la página en blanco, tanto como innumerables son las veces en que uno no sabe cómo

abordar un rompecabezas, una hoja escrita, un capítulo, un libro o una suma de libros. Investigación, lectura y escritura que en una sencilla operación matemática equivalen a una multiplicación infinita de dudas, sospechas, intuiciones. Parece que el asombro que suscita el contexto y la sencilla mirada de nuestro cuerpo y sus alrededores constituyen los primeros impulsos humanos que incitan a la observación.

Desde la más tierna edad, hasta el límite de su existencia, el ser humano se interroga por los fenómenos que lo acompañan, revive constantemente el espíritu infantil que se asoma cautelosamente a través del arco iris de una lágrima, se asombra con el fluir del agua de una corriente, recrea mundos insondables oyendo el golpeteo de un aguacero en la ventana, se *asombra* cuando el sol retrata una sombra monstruosa en la pared, manifiesta su *curiosidad* al ver el cambiante color de una rosa, revive su *capacidad de sorprenderse* al acercarse a un árbol de navidad repleto de regalos y sopesa su *riesgo, su temor y su temeridad* cuando aquellos compañeros lejanos de la infancia lo animaban para superar un obstáculo como el de asomarse a la ventana de la niña que lo miraba entre asustada y amorosa o el de atrapar la sonrisa de la profesora encargada de la disciplina y el orden de aquel querido y nunca olvidado colegio de la primaria.

El asombro, la curiosidad, la sorpresa, el riesgo, el temor y la temeridad, entre otros elementos constituyen dispositivos que conducen al planteamiento de interrogantes, a la búsqueda de caminos, de explicaciones conducentes a la resolución de enigmas, de pequeños problemas cotidianos tanto como de profundos vericuetos y, por supuesto, al encuentro de realidades y de horizontes que respondan a la solución de problemas científicos, precisos con base en la lectura de textos, en la consulta de fuentes, en la selección documental, en la consulta y, por qué no, en la intuición. Los elementos trascendentes que caracterizan la investigación, la búsqueda, el hallazgo, se plasman en relatos orales y escritos que permean el tiempo y le permiten al adulto recrear los tiempos idos, vivir los presentes y visualizar los futuros. La sencilla observación nos lanza a

la búsqueda, a la investigación y ésta, a su vez, conduce a la lectura, mejor, la exige y juntas desembocan en la escritura. Siameses inseparables, la investigación, la lectura y la escritura necesariamente tienen que convivir e invitar a la convivencia, al espíritu infantil.

Los libros, suma de esperanzas e ilusiones, multiplicación de memorias, división narrativa, operación infinita de memorias, nos dicen y nos desdicen que hay una realidad, una vigilia acechando al otro lado del mundo onírico, en la frontera de la ensoñación, otro espacio y otro tiempo. Borges lo decía mejor cuando hacía confluir en sus líneas el pasado, el presente y el futuro, el comienzo de una reflexión y su final, siempre mediado y siempre eterno.

Toda lectura es un viaje por el pasado, el presente y el futuro. Una introducción en un universo vacilante, una configuración y recuperación de trozos de memoria, de fractales que al final sumarán más que el todo, una composición, recomposición y creación de un rompecabezas interminable. La escritura, en cambio, se fija en el pasado, en la experiencia, en la memoria. El investigador, cazador furtivo de la verdad, cree que atrapa la realidad al formular una hipótesis, al procesar un dato.

No nos podemos engañar, la lectura, la investigación y la escritura, en este orden susceptible de cambio: la investigación, la lectura y la escritura, en fin, nos suministran la aprehensión del oscuro objeto del conocimiento, de la borrosa meta que buscamos. Página tras página de lectura, cada libro abre un mundo desconocido, suscita múltiples posibilidades asociativas, vuelca la imaginación; similar evento acontece al escribir y de la misma manera nos suele ocurrir al investigar.

Quienes leyeron por obligación jamás volverán a deleitarse con el fragor de las batallas de don Quijote, ni disfrutarán de sus aventuras caballerescas, ni se detendrán risueños ante las ocurrencias del fiel Sancho, ni se

aterrarán con la esfinge de Poe; tampoco gozarán ni apreciarán aquel desmedido amor del Principito por su rosa. Mucho menos valorarán las incertidumbres de Heisenberg, ni las posiciones desfasadas de las estrellas de Eddington. Por supuesto que ignorarán la caída de una gota de rocío en el pétalo de una rosa o las ingenuas preguntas de un niño que no sabe por qué la tierra le da vueltas al sol o para qué pensamos.

Para los lectores obligados será un desastre y una enumeración caótica la aparición griega de los dioses, las incursiones de los guerreros a Troya, el inolvidable papel de Nadie en la *Odisea* y, muchos siglos después, el huracán pasional y ciclópeo de Polifemo y Galatea, evocado por uno de los astros del Siglo de Oro español, don Luís de Góngora y Argote en una transposición permitida por las licencias que se pueden dar los investigadores. Para aquellos lectores no obligados todo ello podría ser significativo, podría conducir al hombre a pensar, sentir y actuar, en una congruencia que explicara y tratara de darle razón a su paso por el mundo, a su comprensión de la realidad, siempre y cuando lo leído, lo escrito, lo investigado tenga sentido, nazca del corazón y, de alguna manera, perdure; siempre y cuando que lo leído, lo investigado o lo escrito escape de la obligación y se haga inmortal, similar al amor que cruza más allá de la muerte, en la sentencia quevediana:

*Su cuerpo dejará, no su cuidado;
Serán ceniza, más tendrá sentido,
polvo serán, más polvo enamorado.*
(Neyret, 2007).

La investigación como la lectura y la escritura tienen que producir placer. Uno de los más grandes genios de la física, Einstein, después de estudiar las ecuaciones para entender, dígame mejor, leer y transformar las teorías newtonianas, dígame investigar y escribir sobre ellas, después de interminables cálculos logró su sueño, rozó la felicidad¹²...

¹² Michio Kaku, físico, autor de diversas obras en las que cabe mencionar *Hiperespacio, Visiones: como la ciencia revolucionará la materia, la vida y la mente en el siglo XXI*. En su obra *El Universo de Einstein* trata de intuir la visión del mundo del genial físico, su vida cotidiana, su comprensión del mundo, del tiempo y del espacio, su pensamiento político y su personalidad

"Durante varios días estuve fuera de mí mismo a causa de la excitación"... "Mis sueños más atrevidos se han hecho realidad". Einstein había realizado el sueño de una vida, encontrar las ecuaciones relativistas de la gravedad... "Imaginad mi alegría por la practicabilidad de la covariancia general y por el resultado de que las ecuaciones predicen correctamente el perihelio de Mercurio". Con la nueva teoría recalculó la curvatura de los rayos de luz por el Sol (Kaku, 2004, p. 83).

Cuando uno se enfrenta a la escritura, la lectura o a la investigación encara algo nuevo, distinto, diferente, quizás aterrador. La hoja en blanco que afronta el escritor, es la misma que aparece en el marco del investigador disfrazada de problema, hipótesis o planteamiento, es la página idéntica que el lector no quiere abrir, empreza, deja para más tarde, no encuentra o el libro que se cierra o que no se puede escoger en el maremágnum del conocimiento. En todos los casos pretendemos llegar a algo nuevo, desarrollarlo, ofrecerlo y compartirlo: algo aterrador, diría Poe, algo indispensable, necesario, algo susceptible de ser demolido diría el anárquico Paul Feyerabend, algo absolutamente impensable, manifestaría un lector distraído.

El suceso de enfrentarse a la página crea expectativas y hace que el escritor divise un horizonte donde puede haber y debe haber algo nuevo. ¿Qué puedo producir en este ámbito? Es la primera pregunta del investigador ¿será que puedo generar un tema o una praxis que contribuya al campo en el que trajino? ¿será simplemente una reproducción de cosas que algunos han trabajado con anterioridad y que yo recojo, combino y coloco en un nuevo plano para beneficio de otros? Las preguntas empiezan a complicarse, mi postura frente a la hoja en blanco se vuelve más abrumadora. En la comunidad académica se hace imperioso que quienes están en ella la enriquezcan, la promuevan, la impulsen, la ayuden a sobrevivir. Lo anterior se convierte en un compromiso apabullante, ¿cómo hago para producir nuevo conocimiento y que éste alimente a los que es-

tán conmigo?, a aquellos que me irán sucediendo. Les decía que las preguntas se complican. Al lector le pasa algo similar, en otro plano: ¿qué voy a encontrar más allá? ¿qué disfrute me depara el encuentro y el trasegar por las líneas que danzan ante mis ojos?, los cuestionamientos me pueden llevar, incluso, a querer saber el final de lo que estoy leyendo antes de haberlo analizado o disfrutado, según el tipo de lectura. En suma: ¿cómo me enfrento al rompecabezas?

En todos los casos (lectura, investigación y escritura), la ansiedad se nos viene encima y debe hacerlo o si no me quedo indiferente y dejo que la vida siga sin leer, ni escribir ni investigar.

Michael Ende, escritor alemán, describe de una manera genial el papel del lector, del escritor y del investigador en su novela *La historia interminable* o *La historia sin fin*. En una clara alusión al enfrentamiento de un artista o de un científico con la página en blanco, con lo desconocido, trae al valiente Atreyu, personaje central de la novela, y lo coloca contra la Nada, la cual devora el paisaje y se apropia del mundo tratando de eliminar a la Emperatriz Infantil y a su reino de la Fantasía. ¿Qué mejores símbolos que el espíritu de niño, que la nada que atosiga, que el no saber que hacer que acomete a cualquier escritor, a cualquier inventor, a cualquier lector? Y que realidad tan avasallante la que se manifiesta cuando Bastián, el niño protagonista, se adentra en la librería, intenta penetrar el mundo del conocimiento:

Ante él tenía una habitación larga y estrecha, que se perdía en el fondo en penumbra. En las paredes había estantes que llegaban hasta el techo, abarrotados de libros de todo tipo y tamaño. En el suelo se apilaban montones de mamotreto y en algunas mesitas había montañas de libros más pequeños, encuadernados en cuero, cuyos cantos brillaban como el oro. Detrás de una pared de libros tan alta como un hombre, que se alzaba al otro extremo de la habitación, se veía el resplandor de una lámpara (Ende, 1995, p. 7)

Al escribir, atrapo lo que estoy pensando, lo encadeno y lo pongo a disposición de los demás, lo mismo ocurre cuando investigo; en este caso selecciono, elijo con la seguridad de que mi elección, como siempre, supone una negación de aquello que no he elegido y cuando leo me evaporo, me convierto en el carcelero de los pensamientos y planteamientos de otros y creo. Bien lo decía Borges: no me jacto de lo que he escrito sino de lo que he leído¹³.

Bien puedo decir que la lectura constituye un presente que lee un pasado y algunas veces proyecta un futuro, la escritura por el contrario, es un futuro que se hace presente y toma el pasado como instrumento. La escritura y la lectura se entrecruzan y toman vida, precisamente en un investigador para el cual, estrictamente, no existe un antes o un después, el eterno presente del personaje central de *La invención de Morel* se hace más patético que nunca¹⁴. Cuando el investigador introyecta una idea de investigación ya empezó la búsqueda, ya lee y, por supuesto tiene que empezar a escribir a proyectar, no es por azar que su primer ejercicio sea una propuesta, una hipótesis, un planteamiento, un proyecto. El pasado, el presente y el futuro se le vienen encima, lo atosigan, lo obligan a plasmar un pensamiento, una idea. Este proceso es connatural tanto para el que investiga como para el escritor desprevenido. De alguna manera ambos tienen que leer una bibliografía, una realidad, un contexto o una ensoñación, aún en la llamada escritura automática, confluye el saber acumulado ya sea afectivo o cognitivo. Se escribe para no olvidar, para no dejar pasar las ideas volátiles que circundan la búsqueda. ¿Cuántas veces no hemos tenido una idea novedosa que no se anota y que nunca regre-

sa? ¿cuántos versos quedaron a flor de piel en las madrugadas o en las noches de insomnio? ¿cuántos experimentos y posibles planteamientos científicos murieron al cerrar los ojos y no anotar los indicativos que hubieran soltado el desarrollo? Tenían razón los poetas cuando hablaban de la musa, de la inspiración, del toque mágico que llegaba con la misma facilidad de huida. ¿Cuántos mundos y seres poblaron el universo de la lectura? ¿Cuántos mundos novedosos recorrieron el estudio y escaparon al no ser plasmados en un escrito? Estos interrogantes los comprenden y lo lamentan muy bien todos los que de una y mil maneras se acercan a la lectura, a la escritura, a la investigación.

Es común ver en las entrevistas y estudios que se hacen a los escritores e investigadores el tópico manido: "yo escribo para mí, mis vivencias, mis querencias, mis posibilidades de indagación sobre éste o aquel tema técnico o científico". El paso del tiempo nos da la razón de que la afirmación no es así, que ella constituye una costumbre o quizás una modestia, probablemente una forma más de manifestar la necesidad de ser leído, escuchado por otros. Si la escritura fuera tan privada como se pretende decir, no sería conocida, nadie tendría acceso a la misma, salvo un accidente, el azar o una serendipia¹⁵.

Las pasiones humanas son un misterio, y a los niños les pasa lo mismo que a los mayores. Los que se dejan llevar por ellas no pueden explicárselas, y los que no las han vivido no pueden comprenderlas. Hay hombres que se juegan la vida para subir a una montaña. Nadie, ni siquiera ellos, puede explicar realmente por qué. Otros

¹³ En su maravilloso poema "Un lector", Borges combina la concepción de lectura y de escritura, entrecruzando estos dos mundos, iniciando con los versos que le dan la característica central: / *Que otros se jacten de las páginas que han escrito:/ a mí me enorgullecen las que he leído/* concluyendo, magistralmente, con el papel del poeta, del investigador: / *la tarea que emprendo es ilimitada/y ha de acompañarme hasta el fin, /no menos misteriosa que el universo/ y que yo, el aprendiz.*/ Recuperado el 9 de mayo de 2007 de www.somoslatinoamerica.net/autores/borges.htm.

¹⁴ Adolfo Bioy Casares narra en esta obra la historia de un fugitivo que llega a una isla desierta, en la cual todos sus habitantes son figuras virtuales eternas, en un presente infinito.

¹⁵ La serendipia es un término hermoso que designa los descubrimientos por "azar intencionado", es decir, por un accidente que es fruto de un camino investigativo, de un proceso que persigue un propósito e inopinadamente se encuentra con otro...

se arruinan para conquistar el corazón de una persona que no quiere saber nada de ellos. Otros se destruyen a sí mismos por no saber resistir los placeres de la mesa...o de la botella. Algunos pierden cuanto tienen para ganar en un juego de azar, o lo sacrifican todo a una idea fija que jamás podrá realizarse... (Ende, 1995, p. 12)

El literato y catedrático puertorriqueño Luis López Nieves (2007), recordando, en uno de sus ensayos: *Extratos de entrevistas*, al escritor Adolfo Bioy Casares, muestra algunos conceptos del creador argentino sobre la escritura:

Me atrevo a dar el consejo de escribir porque es agregar un cuarto a la casa de la vida. Está la vida y está pensar sobre la vida, que es otra manera de recorrerla intensamente. Escribir es un intento de pensar con precisión. Lo que me mueve a escribir es el placer de las historias. Es algo que va más allá de la técnica, es algo que tenemos en común con los muchachos que entraban en los cafés de El Cairo y contaban historias que hoy llamamos Las Mil y Una Noches. El consejo a alguien que empieza a escribir es que lean mucho, que traten de leer buenos libros, que no se crean infalibles... Escribir se parece a cocinar. Poner los ingredientes en la cantidad suficiente. Hay tanta gente que escribe para lucirse. Yo empecé así y fracasé has-

ta el día que olvidé todos esas pretensiones. Cuando escriban no olviden que todo libro es una máquina compuesta de papel impreso y de un lector.

La escritura es para describir en el tiempo y la pintura en el espacio. En los procesos de escribir y corregir se ordena el pensamiento.

Entre los diversos autores que se pueden encontrar y que reúnen las características de ser inventores, lectores y escritores, se encuentra Harold Bloom¹⁶, un controvertido crítico, elogiado por algunos y vituperado por otros. En su prólogo al libro *Como leer y por qué*¹⁷, nos invita a tomar uno de sus principios de lectura “Para leer bien hay que ser un inventor” y cita a Emerson, a Shakespeare y a Borges, con el ánimo de reafirmar que “Con frecuencia, aunque no siempre sabiéndolo, leemos en busca de una mente más original que la nuestra” (p. 18). Esta afirmación podría despertar partidarios y opositores de la misma. Lo importante es que, el autor hace una relación directa con las fuentes y el saber leer, lo que, a su vez, es un buen principio que nos sirve para los investigadores y para la investigación y que nos lleva a su esencia misma: buscar y saber buscar.

Desde otro ángulo, una serie de discursos, textos, investigaciones y reflexiones recopiladas bajo el título mágico de *El susurro del lenguaje*, recogen hoy, más que nunca, la relación indisoluble entre la lectura, la

¹⁶ Harold Bloom, profesor de la Universidad de Yale y de filología en la Universidad de Nueva York, en sus obras, deja entrever que la lectura nos hace escritores e inventores y que se debe conocer un cúmulo de fuentes que brindan la posibilidad de la creación y, por supuesto del disfrute. Miembro de la American Academy of Arts and Letters, cuenta entre sus distinciones con el McArthur Prize Fellow (1985), el Premio Alfonso Reyes de México y el Premio Internacional de Catalunya (2002) concedido por la Generalitat de Catalunya. Autor de más de veinticinco libros, entre los que se pueden contar *Relatos y poemas para niños extremadamente inteligentes, de todas las edades*, *El canon occidental*. *Las escuelas y los libros de todas las épocas* y *Cómo leer y por qué*.

¹⁷ Con este libro, Bloom pretende acercar al lector al placer de la lectura y, aunque regresa a la incómoda posición dogmática que trabaja en *El canon occidental*. *Las escuelas y los libros de todas las épocas*, logra apartarse de la misma y muestra que la revisión detenida de un texto, su degustación, aunque sea solitaria prevé unas circunstancias y un universo al que todos pueden acceder. Naturalmente que el acto de leer es un placer difícil, que implica un esfuerzo y conlleva una compenetración, los cuales suponen, de una y mil maneras que el descubrimiento, la búsqueda de la verdad, lo posible y lo imposible “es realmente cercano y puede utilizarse para sopesar y reflexionar”. La última afirmación del prólogo es contundente e invita, no sólo a leer sino a investigar y, por supuesto a escribir: “Los exhorto a descubrir... A leer profundamente, no para creer, no para contradecir, sino para aprender a participar de esa naturaleza única que escribe y lee”.

escritura y la investigación, desde el pensamiento de Roland Barthes¹⁸. No podía escaparme de este encantamiento y tenía que traerlo a colación. En especial, me parece que la palabra que define con mayor precisión y, a su vez, con mayor ambigüedad esa unión es el deseo, un término que sale a cada paso de la mano del escritor francés. En uno de sus ensayos *Sobre la lectura*, Barthes (1987) reitera los cuestionamientos que acompañan al hombre desde la invención y la consecuente progresión de la escritura: “¿Qué es leer? ¿Cómo leer? ¿Para qué leer?” (p.39), inquietantes interrogantes que, también, en parte, hemos tratado de responder a lo largo de estas líneas. Agrega el maestro que si bien no existe una doctrina de la lectura, probablemente existirá una suma de temores, “un destello de ideas, de deseos, de goces, de opresiones” (p. 40). Su ensayo va más allá y nos regala, en primer lugar, la concepción de pertinencia, tomada de la lingüística y aplicada bellamente a la posibilidad de leer, acto que supone una saturación de complementos: “se leen textos, imágenes, ciudades, rostros, gestos, escenas” (p. 41) hasta el infinito. En esta operación, el objeto se escapa, se diluye y los niveles de acceso al mismo se deslizan. Aquí no se puede hablar de técnicas ni mucho menos de unos grados o reglas que conduzcan al saber leer. Al desembocar en ese algo que conduce a la lectura, Barthes manifiesta que ello se denomina el Deseo (o el Asco). No hay escape, el lector tiene necesidad de la lectura, ésta se da al interior de una estructura, no la puede desbordar, tiene necesidad de ella, pero al leerla, accede a la misma y por supuesto la pervierte: “sería un suplemento interior de perversión” (p. 42).

Al trasladarnos a la escritura, en otro de sus ensayos: *El estilo y su imagen*, Barthes retoma los tratados clásicos sobre el fondo y la forma, ligando el primero a la *inventio*, o “búsqueda de lo que podría decirse sobre

un tema” (p. 150), unido a la manera, las figuras, los colores, los matices, el vestido del que se revestía el fondo: “una relación ajustada entre el fondo (la verdad) y la forma (la apariencia), entre el mensaje (como contenido) y su médium (el estilo), y de que entre estos dos términos concéntricos (ya que el uno estaba dentro del otro) hubiera una garantía” (p. 150).

Exactamente en este punto del discurso surge la pregunta clave: ¿puede la forma vestir al fondo o debe someterse a él? Después de diversos planteamientos, Barthes (1987) sólo podría responder al cuestionamiento con una hermosa metáfora referente al estilo o a la manera de escribir que se asemeja, en sus palabras, a una cebolla, cuya organización requiere de capas o pieles, niveles o sistemas, que en su conjunto forman el cuerpo. Más allá de tener un centro o un núcleo, más allá de enfrascarse en un corazón, la cebolla es una totalidad, la escritura es una totalidad, un cuerpo que guarda todos los secretos del discurso, que puede ser despedazado, pero que debe ser considerado en su conjunto:

Cuyo volumen no conlleva finalmente ningún corazón, ningún hueso, ningún secreto, ningún principio irreductible, sino la misma infinitud de sus envolturas, que no envuelven otra cosa que el mismo conjunto de sus superficies (p.159)

Conclusiones

Una vez plasmado el escrito, éste requiere que sea divulgado, socializado, puesto en común. La publicación de un escrito supone que ésta sea escrita y leída, leída y escrita, en una dialéctica permanente, dialéctica que, a su vez conlleva, en uno de sus vértices lo investigado. La investigación tiene la funcionalidad de ser publicada so pena de morir, lo cual implica que el texto sea escri-

¹⁸ Roland Barthes (1915-1980-Francia). Es considerado como uno de los más grandes pensadores del siglo XX. Él mismo se valoraba como un lector y precisamente la vida lo llevó a ese cargo en las universidades de Bucarest y Alejandría. Fue profesor de semiótica. Trajinó como investigador en lexicología y sociología en el Centro Nacional de Investigación Científica de París. Sus estudios abordaron siempre la reflexión sobre la lectura y la escritura, lo cual no escatimó la crítica de arte, música y cine. Vale destacar, entre sus obras el *Grado cero de la escritura* y *El placer del texto*, entre otras.

to y leído. En el discurso sobre *Los jóvenes investigadores* llama la atención la concepción de Barthes (1987), en este aspecto:

La investigación se lleva a cabo para publicarse después, pero rara vez lo consigue, y más en sus comienzos, que no son forzosamente menos importantes que sus finales: el éxito de una investigación –sobre todo si es textual– no depende de su “resultado” noción falaz, sino de la naturaleza reflexiva de su enunciación; en cualquier instante de su proceso, una investigación puede hacer volver el lenguaje sobre sí mismo y lograr así que ceda la mala fe del sabio: en una palabra puede desplazar al autor y al lector (p. 105-106).

Esta cita extraída así, conlleva una verdad inobjetable, el resultado de la investigación, de la escritura y de la lectura van más allá de sus autores, de sus lectores, de los investigadores. En cualquiera de estos tres procesos se renueva, se construye, se alimentan fantasías, se destruyen mitos, se avanza en el progreso científico, se reflexiona filosóficamente, se vive estéticamente, se camina cotidianamente. No hay escape. De todas maneras, los ejemplos sobre el anonimato en el que van cayendo los inventores, los escritores y sobre todo los lectores son abrumadores. El mundo recuerda los diagramas de Feynman antes que a Feynman. La teoría de la relatividad antes que a Einstein, la incertidumbre y sus vericuetos antes que a Heisenberg; el *Moisés* antes que las discusiones de Miguel Ángel con el Papa Julio II, el inolvidable jinete azul de Kandisky antes que su vida azarosa. Yo recuerdo con mayor precisión los avatares de la *Iliada* o la *Odisea* que a Homero, el viaje de Dante en *La Divina Comedia* que a Dante, Macondo antes que a García Márquez o el “*báculo indeciso con el que Borges explora la penumbra hueca*” en su terrible *Poema de los Dones*, antes que a Borges y su ceguera.

Existe una cita muy manida, pero no por ello menos impactante, sobre la importancia del libro y, en particular, del asombro que causa en los lectores la suma de

letras e ideas que inquietan al ser humano, que le producen placer, que son un marco de referencia para inventar y reinventar:

De los diversos instrumentos del hombre, el más asombroso es, sin duda, el libro. Los demás son extensiones de su cuerpo. El microscopio, el telescopio son extensiones de sus vista; el teléfono es extensión de la voz; luego tenemos el arado y la espada, extensiones de su brazo. Pero el libro es otra cosa: el libro es una extensión de la memoria y de la imaginación (Borges, 1995, p. 13).

Aquel interrogante que siempre me ha rondado, unas veces manifiesto por los que están cerca de mí y otras, desde mi más profundo interior ¿Usted para qué lee? Podría responderse de múltiples formas y siempre quedaría un vacío. Hace unos años al tratar de responder la pregunta, escribí un artículo (Parra, 1994) en el cual, evocando a Borges pude plasmar la cita anterior que se refiere a una concepción sagrada del texto, de la lectura, como elementos que unen al hombre con el mundo. Desde la más tierna edad, cuando el bebé lee la sonrisa de su madre hasta cuando se leen las páginas inmortales de los escritores que se han ido del mundo material, todo confluye en la lectura, la investigación y la escritura. La curiosidad infantil que deambula por los castillos de ogros, duendes y hadas posiblemente da paso al caballero andante y a las locuras que, bella e ingenuamente, acompañan al escudero eterno o se quedan en la inmensa soledad de un pueblo macondiano que no sólo significa el mundo que pasó, sino el presente y el porvenir. Algunos lectores se enredarán en el embrujo de la luz y del sonido, de la televisión y otros más leerán las imágenes de las autopistas informativas. Los lectores y escritores que buscan la verdad en lo preciso, en lo exacto, caminarán de la mano de Kepler, Eddington, Feynman, Hoffmann y su séquito; otros mirarán el horizonte de Miguel Ángel, Kandisky, Wagner y sus acompañantes, visualizando la multitud de mensajes de un lenguaje de infinitas posibilidades; unos más quedarán enredados en la cosecha, en la fábrica o en la calle, penetrando e investigando la vida en

el diario transcurrir. Todos leyendo y escribiendo, buscando la verdad, persiguiendo otros mundos y otros sueños. Si Borges lo manifiesta, recordando tantas lecturas: "Un libro no debe requerir un esfuerzo, la felicidad no debe requerir un esfuerzo" (Borges, 1995), no podemos ser inferiores a su planteamiento y al contrario, siguiendo su símil que hace extensivo el libro a la memoria y a la imaginación, nosotros podemos y debemos hacer extensivo el tratamiento a la lectura, la escritura y la investigación, concluyendo que estos actos los hacemos, consciente o inconscientemente para ser ordenados o simplemente para ser felices.

Referencias

- Anónimo (1978). *El libro de las mil noches y una noche*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- Barthes, Roland (1987). *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Ben-Dov, Yoav (1999). *Invitación a la física*. Barcelona: Andrés Bello.
- Bioy Casares, Adolfo (2006). *Borges*. Buenos Aires: Destino.
- Bloom, Harold (2000). *Cómo leer y por qué*. Bogotá: Norma.
- Borges, Jorge Luis (1993). *El hacedor*. Madrid: Alianza.
- Borges, Jorge Luis (1997). *Borges oral*. Buenos Aires: Emecé.
- Carroll, Lewis (1992). *Alicia en el país de las maravillas*. México: Porrúa.
- Calaprice, Alice (2003). *Querido profesor Einstein*. Barcelona: Gedisa.
- De Saint-Exupéry, Antoine (1970). *El Principito* (26ª edición). México: Fernández Editores.
- Ende, Michael (1995). *La historia interminable*. Bogotá: Santillana.
- Gaignebet, Claude (1984). *El Carnaval. Ensayos de mitología popular*. Barcelona: Alta Fulla.
- Kaku, Michio (2004). *El universo de Einstein*. Barcelona: Antoni Bosh.
- López Nieves, Luis (2007). *Extractos de entrevistas. Adolfo Bioy Casares*. Recuperado el 11 de mayo de 2007 de <http://www.ciudadseva.com/textos/teoría/opin/bioy1.htm>.
- Neyret, Juan Pablo (2007). *Polvo enamorado. Quevedo y el barroco español en la poética de Joaquín Sabina*. Recuperado el 30 de abril de 2007, del sitio web de la Universidad Complutense de Madrid: <http://www.ucm.es/info/especulo/numero27/polvoen.html>.
- Parra Rozo, Omar (1994). ¿...Y para qué leer? *Cuadernos de filosofía latinoamericana*, 61, 45-48.
- Parra Rozo, Omar (2004). La gestión es cosa de niños. *Hallazgos*, 2, 63-76.
- Parra Rozo, Omar (2005). Gestión, investigación y narrativa: la investigación es un cuento de hadas. *Hallazgos*, 4, 13-28.
- Parra Rozo, Omar (2006). Gestión, investigación y narrativa: investigar es un juego. *Hallazgos*, 5, 15-39.
- Parra Rozo, Omar (2006). Investigación, docencia y tecnología. *Hallazgos*, 6, 15-32.
- Parra Rozo, Omar (2007 a). *Cerebro, ensoñación y pensamiento complejo*. Recuperado el 11 de mayo de 2007, del sitio Web de la Facultad de Enfermería de la Universidad Nacional de Colombia: <http://www.virtual.unal.edu.co/cursos/enfermeria/2005416/index.html>
- Parra Rozo, Omar (2007). La investigación es un placer. *Aquichán*, 7, No. 111-112, 85-99.

Parra Rozo, Omar (2007). *Lo trascendente en la literatura infantil. Una visión crítica de la narrativa de Jairo Aníbal Niño*. Bogotá: Universidad Santo Tomás.

Paz, Octavio (1992). *Al paso*. Barcelona: Seix Barral.

Rubia Vila, Francisco José (2003). *La conexión divina*. Barcelona: Crítica.

Wagensberg, Jorge (1996). *Proceso al azar* (2ª ed.). Barcelona: Tusquets.

Yunis Turbay, Emilio (2006). *La búsqueda de la inmortalidad*. Bogotá: Bruna.